



— *Silla espejo*  
Guillermo Kuitca

Textos de estudiantes (Diplomatura)

# Presencias reales

Leer y escribir son actos simultáneos, dice la profesora Julia Magistratti en la presentación de este apartado. El singular texto de Edith Galarza se reconoce en esa tradición de trabajo. El rastreo de las voces femeninas silenciadas en un movimiento literario (generalmente personificado bajo los nombres de autores hombres: Allen Ginsberg, Jack Kerouac y William Burroughs y otros) devuelve una imagen nueva y más compleja de las relaciones implicadas en un campo caracterizado por la libertad y la experimentación.

## **Leer y escribir**

*Julia Magistratti*

En el Seminario de Poesía del Diplomado escribir y leer poesía son dos actos simultáneos. Dialogar con las obras es tender un puente para la creación de textos poéticos propios y también para despertar nuevas experiencias de lectura. A través de una selección de autores exploramos imaginarios, voces y ritmos. En los poemas, rastreamos las huellas de sus principios constructivos, procedimientos y formas. También realizamos anclajes en las biografías de los autores y la historicidad que rodeó a sus obras, los linajes, las referencias y las disputas.

En una de las clases del Seminario nos preguntamos por las mujeres de la Generación Beat, el movimiento contracultural estadounidense de la década del 50, cuyos exponentes eran Jack Kerouac, Allen Ginsberg, William Burroughs y otros. Urdimbre, trama de lectura, así también es la circulación de la poesía. Edith Galarza, alumna del Diplomado, comenzó una investigación acerca de las voces poéticas de las mujeres beat disidentes, silenciadas, encerradas en neuropsiquiátricos, olvidadas. Una constelación de nombres: Joanne Kyger, Lenore Kandel, Diane Di Prima, Denise Levertov, Ruth Weiss, Janine Pommy Vega, Anne Waldman, Elise Cowen, Brenda Frazer y en el centro, la palabra poética en su carácter de acontecimiento, donación, deriva; exceso e incorrección; con sus singularidades, su incandescencia y su poder convocante de lo otro.

## **Ellas también**

### **(Mujeres escritoras de la Generación Beat)**

*por Edith Galarza*

En 1994, en una conferencia de homenaje a la Generación Beat en la Universidad Naropa de Colorado (EEUU), donde funciona la “Jack Kerouac School of Disembodied Poetics”, alguien del público le preguntó al escritor beat Gregory Corso por qué no hubo mujeres en la generación beat y el respondió: “Hubo mujeres, estaban allí, yo las conocí, sus familias las encerraron en manicomios, se les sometía a tratamientos por electrochoque. En los ‘50 si eras hombre podías ser un rebelde, pero si eras mujer tu familia te encerraba. Hubo casos, yo las conocí. Algún día alguien escribirá sobre ellas”.

Cuando se aborda al movimiento literario contracultural conocido como “Generación Beat” que surgió en EEUU en los años ‘50 (con dos ejes principales: el Greenwich Village de Nueva York y el barrio de North Beach en San Francisco) generalmente se piensa en un grupo de escritores varones rebeldes y bohemios (Jack Kerouac, William Burroughs, Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinguetti y unos pocos más), pero también hubo mujeres.

En el contexto de la sociedad norteamericana de posguerra, las escritoras beat tuvieron serias dificultades para visibilizar su obra, ser escuchadas y editadas. Aunque sus historias son diversas, puede reconocerse un patrón común y es que, siendo adolescentes, decidieron romper con el mandato socio-político que les indicaba: vivir con sus familias hasta convertirse en esposas, ser

madres, no avanzar demasiado en sus estudios y ni remotamente soñar con ser escritoras.

El movimiento beat era un suceso rupturista que cuestionaba el *establishment* político y moral de la sociedad norteamericana de posguerra y la juventud seguía con fascinación las aventuras de ese grupo de jóvenes a través de los diarios, la radio y la tv.

Ellas se fueron a vivir la vida con el deseo de experimentar la libertad plena y recorrer los mismos caminos disidentes que los varones, pero al ser mujeres la experiencia fue distinta y tuvo costos personales y sociales muy altos.

En general, los escritores beat incluyeron a las mujeres escritoras en sus grupos, pero no como pares, sino como acompañantes, musas o parejas. “Personajes secundarios”, dirá luego la escritora beat Joyce Johnson en el título de su novela autobiográfica. Sin embargo, ellas quisieron estar allí donde todo estaba sucediendo, aunque no leyeran en las míticas lecturas de los bares y en casi todos los casos debieron esperar muchos años hasta ser publicadas.

Fueron perseguidas por las autoridades al igual que sus compañeros, pero además sufrieron la incomprensión y represión de sus familias y parejas.

Por el contenido de sus escritos las poetas beat fueron encarceladas, internadas en instituciones de salud mental, sus libros decomisados y destruidos.

Ellas plasmaron en sus obras la experimentación libre con el cuerpo, la sexualidad, las alteraciones de la conciencia, la maternidad, el jazz, el orientalismo; resignificaron el ámbito doméstico y los vínculos entre mujeres. Buscaban un modo de ser mujer disidente del modelo hegemónico. Una búsqueda que también

compartieron los hombres al alejarse del modelo de varón que la guerra y la posguerra les imponía. Sin embargo, mientras ellos se volvieron un mito y referentes de la rebeldía para la juventud norteamericana, poco se sabe sobre ellas.

Son personajes silenciados de la historia, mujeres escritoras de la generación beat cuya presencia fue esencial a los acontecimientos y al desarrollo del movimiento y que han sido omitidas o no han trascendido en su justa dimensión.

En su tiempo fueron invisibilizadas como parte del movimiento, y el estudio de la literatura contemporánea no reparó seriamente en ellas hasta finales del siglo XX con la obra de Brenda Knight, *Women of the Beat Generation, the writers, artists and muses at the heart of a revolution* (Conari Presss, 1996) y más recientemente con *Female Beatness: Mujeres, género y poesía de la generación Beat* de Isabel Castelao-Gómez y Natalia Carbajosa Palmero (Universitat de València, 2019).

Sin embargo, hasta hoy es difícil acceder a la obra de aquellas escritoras, parte de ella se ha perdido o no fue reeditada o traducida. La poeta y traductora Annalisa Mari Pegrum compiló y tradujo al español por primera vez muchos de sus poemas en *Beat Attitude, Antología de mujeres poetas de la generación beat* (Bartleby Editores, 2015). En nuestro país, la traductora Sandra Toro ha realizado un valioso trabajo de rescate que nos permite conocer mucha de la poesía de las beat en nuestra lengua.

Es a través de los libros autobiográficos de algunas de las escritoras beat que nos llega un testimonio diferente de aquellos años: *Personajes secundarios* de Joyce Johnson, *Memorias de una beatnik* de Diane Di Prima, *Cómo me convertí en Hettie Jones* de

Hettie Jones y *Off the Road: My Years with Cassady, Kerouac and Ginsberg* de Carolyn Cassady.

Las mujeres bajo la mirada de las mujeres aparecen como las protagonistas de su proyecto de vida: rechazan el ideal del “sueño americano” y reclaman para sí el derecho de ser tan libres e independientes como cualquiera.

Hubo mujeres en la Generación Beat. Pocas veces pudieron leer en los bares en los que la juventud *hipster* se agolpaba para escuchar a los poetas beat y a los músicos de jazz, pero estaban allí. Sus compañeros no valoraron suficientemente la literatura escrita por las mujeres. Como ya se ha dicho, el espacio que les dieron en el movimiento y en sus textos fue el de musas, acompañantes, esposas y madres de sus hijos, pero ellas fueron mucho más que eso.

Si bien los escritores beat se convirtieron en el mito de la rebeldía juvenil, hoy podríamos decir que las escritoras beat fueron aún más audaces y disruptivas.

Aunque algunas de ellas tuvieron una vida corta y trágica, otras desarrollaron una importante carrera como escritoras y hay quienes se mantienen activas hasta el presente. Es el caso de Marge Piercy, quien escribió 45 libros, recibió cuatro doctorados de honor, sigue siendo feminista, antibelicista y ambientalista y a sus 88 años dicta personalmente un *workshop* de poesía.

Sí hubo mujeres en la “Generación Beat”. Ellas también estuvieron allí: Hettie Jones, Leonore Kandel, Denise Levertov, Elise

Cowen, Diane Di Prima, Marge Piercy, Joanne Kyger, Anne Waldman, Janine Pommy Vega, Joane Vollmer, Mary Norbert Körte, ruth weiss, Carolyn Cassady, Brenda Frazer y Joyce Johnson, entre otras.

A cada una de estas escritoras se le debe en justicia un abordaje detenido y particular. En estas breves notas, dedicaremos unas consideraciones a algunas de ellas.

La escritora Joyce Johnson (88), quien fue pareja de Jack Kerouac, escribió una novela autobiográfica con el sugestivo título *Personajes secundarios* (1983). En la portada se ve a Jack en primer plano y bastante más atrás en una imagen algo borrosa a Joyce. Esa es la foto que la autora elige para contarnos su historia, como siendo casi una niña huyó para acercarse al mundo de los famosos escritores beat que admiraba y logró ser parte del grupo, estar allí donde todo sucedía.

Para eso, tuvo que enfrentar los límites que la sociedad imponía a las chicas de su época. Las mujeres no podían viajar sin la compañía de un varón. Vivir sola y tener una vida independiente era algo mal visto por la familia y el vecindario y podía significar que te desalojaran de tu departamento por libertina y beatnik, como le sucedió a Joyce. Además, la experimentación sexual para las escritoras beat podía tener como consecuencia un embarazo no deseado (no existían métodos anticonceptivos seguros ni aborto legal) y una maternidad no elegida. Muchas veces, ellas fueron el sostén económico de los escritores y quienes asumieron las que ahora llamamos tareas de cuidado mientras ellos eran el centro de las miradas de la juventud contestataria norteamericana de postguerra.

*Personajes secundarios* nos permite conocer aquellos años de la jovencísima Joyce Johnson como estudiante universitaria y sus vivencias junto a Kerouac y el grupo de escritores beat, pero también la lucha por su propia independencia y los obstáculos que debió superar para ser tomada en cuenta como escritora. Además, en este libro ella habla de muchas de las mujeres que “estuvieron allí” en circunstancias parecidas a la suya, y lo hace de un modo empático y solidario.

«Ésta es la versión de la historia de la musa. Y descubrimos que la musa puede escribir tan bien como cualquiera», dice la periodista Ángela Carter.

Lenor Kandel (1932-2009) fue pionera al abordar en su obra la experiencia sexual desde la perspectiva femenina. Su primera publicación, *El libro del amor* (1966), fue acusada de obscenidad y confiscada por la policía en las librerías, pese a lo cual no se pudo evitar el incremento de ventas. El incidente hizo que Lenor se volviera una celebridad, defendió su poesía, luchó contra la censura y la autocensura y en favor de la libertad de los poetas en el uso de las palabras.

Leonore Kandel fue la única mujer que leyó desde el escenario del mítico Human Be-In Festival de San Francisco en 1967 junto a Allen Ginsberg, Timothy Leary y Michel McClure.

Escribió al amor y a la iluminación Zen, pero también a los caídos de su generación, tal como hiciese Ginsberg con “Aullido”, en su poema “Pequeño rezo por los ángeles caídos”.

Decía que la poesía “No tiene por qué hacerte sentir cómodo. No tiene por qué hacerte sentir seguro.”

Cuando una sociedad empieza a tenerle miedo a sus poetas, es porque se tiene miedo a sí misma. Y una sociedad que se tiene

miedo a sí misma, representa otra definición del infierno” (“Alquimia de palabras”, 1967).

Hettie Jones (89) es una escritora que fue parte de la Generación Beat, defendió la igualdad de posibilidades para mujeres y hombres y la filosofía de la carretera como modo de vida. Escribió sus memorias en *Como me convertí en Hettie Jones* (1990). Enfrentó prejuicios sociales y su familia judía la desconoció cuando se casó con el poeta negro LeRoi Jones, con quien tuvo dos hijas. Él luego se rebautizó como Amiri Baraka, se volvió activista del Black Art, se divorció y se mudó a Harlem.

Hettie escribió numerosos libros y enseñó poesía en la Universidad Penn State y la Universidad de Nueva York.

En sus memorias, dice: “Las mujeres de la Generación Beat, o las vinculadas al Black Mountain College, eran fuertes, pero, aparte de estar ocupadas con las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, creían más en sus maridos que en sí mismas. Por eso, a menudo eran ellas las que aportaban el salario estable al hogar. El contexto de la época no resultaba propicio para las mujeres creadoras. A mí me costó la familia...”

En el poema “Conductora temeraria”, da una lección a las jóvenes mujeres para que sigan su camino: “así que jóvenes mujeres/ he aquí el dilema/ en él la solución:/ siempre he sido a la vez/ tan mujer como para derramar lágrimas de emoción/ y tan hombre/ como para conducir mi coche en cualquier dirección”.

Carolyn Cassady (1923-2003), junto a su esposo Neal Cassady y Jack Kerouac, fueron los protagonistas del mítico viaje que inspiró a Kerouac para escribir *On the road*, donde los inmortalizó como personajes literarios.

Ella dio su propia versión de aquellos años en *Off the Road: My Years with Cassady, Kerouac and Ginsberg* (1996).

Elise Cowen (1933-1962) fue pareja de Allen Ginsberg y luego su amiga, cuando convivieron con sus respectivas parejas homosexuales. Su familia no aceptaba su estilo de vida. Fue internada en una institución psiquiátrica y en una salida se suicidó arrojándose por una ventana de la casa de sus padres. Luego de su muerte, ellos quemaron toda su obra porque en sus poemas había referencias al lesbianismo y la experimentación con drogas. Lo que se conoce de la poesía de Elise corresponde a lo publicado en revistas y a un cuaderno que rescató y guardó uno de sus mejores amigos.

“Muerte, ya llego  
espérame.  
Sé que estarás  
en la estación de metro  
cargado de botas de agua, chubasquero, paraguas, pañuelo  
y una respuesta sencilla  
para cada significado”.

Diana de Prima (1934-2020) y Denise Levertov (1923-1997) fueron posiblemente las que tuvieron mayor consideración y respeto como escritoras por parte de sus pares varones y su obra es más conocida en el presente.

En el libro *Memorias de una beatnik* (1969), Diana di Prima, con una prosa rebelde, reivindica el placer, la libertad y la experimentación sexual. En el inicio de la edición del año 2023, recuerda con ironía que muchos años atrás en una animada fiesta

de escritores (donde corría el alcohol, la marihuana e intensas conversaciones alrededor de la escritura), Kerouac, al enterarse de que Di Prima tenía que volver a casa a cuidar a su hija porque se terminaba el horario de la niñera, pontificó con su voz varonil: “Di Prima, nunca vas a ser escritora si no te olvidas de tu can-guro”. Se equivocaba.

Diana escribió 43 libros de poesía y prosa, fue académica junto a Allen Ginsberg y William Burroughs en el Instituto de Naropa, dramaturga y traducida a 20 idiomas, en varias ocasiones fue acusada de obscenidad por el gobierno de EEUU, detenida por el FBI por la publicación de dos poemas en la revista *The floating bear* y acosada por la policía reiteradamente por el contenido de sus libros.

Decía: “soy mujer y mis poemas/ son de mujer: fácil/ de decir”.

Aun cuando en algunos casos, los escritores del movimiento tuvieron en consideración la calidad literaria de algunas de sus compañeras escritoras, no alcanzaron a comprender el muy complejo lugar social y creativo que ellas mismas ocupaban y el carácter verdaderamente disruptivo de su escritura y de su modo de vida independiente.

En el final de *Personajes secundarios*, Joyce Johnson mira el tiempo atrás y dice:

“Veo a una joven Joyce Glassman de veintidós años y el cabello suelto sobre los hombros, toda de negro como Masha en La gaviota —medias negras, falda negra, jersey negro—; a diferencia de Masha, sin embargo, no lleva luto por su vida. ¿Cómo va a llevar luto, si está sentada justo en el centro del universo, en el lugar nocturno donde todo confluye, en el único lugar vivo de Estados

Unidos? Como mujer, no participa del todo, aunque esto ella no lo sabe; está sentada, emocionada, mientras las voces de los hombres —siempre los hombres— se elevan y se apagan con pasión y sus jarras de cerveza entrechocan y el humo de sus cigarrillos sube hacia el techo y la cultura muerta, sin duda, se despierta. Con estar ahí, se dice ella, basta. Me niego a renunciar a sus esperanzas. Y sólo quiero romper con su silencio; y con el silencio de Elise que, póstumamente, da fe de las lecciones que aprendió en libros de Pound robados, y con los poemas que Hettie amordazó en cajas durante demasiados años...”.